

Elementos para una crítica del individualismo metodológico

Elements for a Critique of Methodological Individualism

Roberto A. FOLLARI

*Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Cuyo,
Mendoza, Argentina.*

RESUMEN

El individualismo metodológico como corriente explicativa dentro de las ciencias sociales ha tenido escaso desarrollo en Latinoamérica. Sin embargo, ha alcanzado un cierto peso en los últimos años, y lo ha hecho paradójicamente de la mano de un autor que se reclama marxista, J. Elster. Sin duda, su aporte ha permitido pensar cómo la explicación social es irreductible a la influencia de factores estructurales, y ha hecho notar la importancia de la decisión del sujeto, según sus deseos y creencias. Pero también es evidente que el teleologismo elsteriano está lejos de dar cuenta de todos los factores actuantes, muchos de los cuales son causal/estructurales. A su vez, el prestigio ganado por el individualismo explicativo en los últimos años, puede en parte adscribirse al avance ideológico del individualismo neoliberal.

Palabras clave: Intencionalidad, Antideterminismo, Holismo, Causalidad.

ABSTRACT

Methodological individualism as an explanatory current within the social sciences has had little development in Latin America. However, it has acquired certain weight over the past few years, and has done so, paradoxically, through the writings of a self-proclaimed marxist, J. Elster. Without doubt his contributions have helped us to reflect on how the social explanation is not reducible to the influence of structural factors, and has pointed out the importance of individual decision based on desires and beliefs. But it is also evident that the elsterian teleology is far from explaining all of the related factors, many of which are causal-structural. Furthermore, the prestige achieved by methodological individualism over the last few years could also be partially attributed to the ideological advancement of neoliberal individualism.

Key words: Intentionality, Anti-determinism, Holism, Causality.

El individualismo metodológico es una estrategia intelectual interna a las ciencias sociales, que históricamente ha tenido escasa repercusión en Latinoamérica. La hegemonía de planteos “estructurales” (holistas) sobre lo social ha sido habitual, ya sea por vía del funcionalismo -ligado al surgimiento de la disciplina sociológica en el subcontinente-, o del marxismo en sus diferentes versiones -sostenido a partir de las necesidades políticas de reformar economías tenazmente fracasadas-. De manera que la línea de trabajo individualista, establecida en el supuesto de que las situaciones y hechos sociales son descomponibles en “átomos” de decisión individual a los cuales serían siempre reductibles, no ha aparecido como generadora de interés, y de hecho ha constituido más una curiosidad intelectual entre epistemólogos, que un efectivo espacio ligado a la producción de investigación sustantiva concreta¹.

La revitalización de esta posición habida en los últimos años ha puesto de pronto en la mira su análisis, que por primera vez alcanza entre nosotros real arraigo. Ello ha permitido una nueva mirada que lleva a advertir los problemas que hacen a cualquier explicación “holista”: en estas se hace inevitable ser indiferentes respecto del mecanismo decisional del actor, privilegiando el causalismo estructural por sobre la consideración específica de la acción; y a menudo se trabaja planteando como sujetos de acción, a colectivos que no lo son estrictamente, tales como las clases sociales o el Estado. Esto ha llevado a algunos autores a pensar en la necesidad de una cierta combinación de ambos puntos de vista en la explicación social², lo cual nos parece compartible sólo si se sostiene que el denominado “holismo” mantiene la hegemonía. Consideramos que la renuncia al causalismo a manos de considerar el decisionismo del actor (teoría de la acción racional) conlleva una larvada noción transparentista del sujeto, la cual identifica intención con causa, o en todo caso tiende a acercar ambas en exceso, haciendo así desaparecer la determinación objetiva de lo social y sus estructuras sobre el comportamiento de los sujetos individuales, y también haciendo imposible la explicación de situaciones difícilmente reductibles al comportamiento individual (p.ej., una corrida cambiaria, o una situación inflacionaria).

Qué habrá sucedido para que de pronto haya aparecido en escena esta línea de trabajo hasta hace poco casi ignorada entre nosotros? Sin duda, interpretamos que el clima cultural posmoderno tiene mucho que ver al respecto. Sólo él podría permitir la postulación por J. Elster de un marxismo cuya preocupación fundamental no es propiamente política, sino epistemológica: se trata de refundar la teoría sobre bases de explicación individualista. En épocas en que resulta sumamente difícil sostener teorías críticas, dado la inexistencia de modelos sociales alternativos al mundialmente impuesto; y de notoria caída de los grandes relatos, es evidente que pierden vigencia a la vez las teorías que se relacionan con el horizonte estructural global, y las que se ligan a la promesa política de construcción de una sociedad diferente. Esto explica, por un lado, la exitosa postulación de un marxismo que se vuelve políticamente poco fecundo; y la vigencia de un tipo de explicación que, al poner el acento en la decisión individual, borra lo social/global del campo de análisis, y acentúa

1 Sobre el individualismo, puede verse, por ej.: S. Lukes, “Reconsideración del individualismo metodológico”, en Ryan, A.: *La filosofía de la explicación social*, F.C.E, México, 1976; en el mismo libro hay otros textos referidos al tema, pertenecientes a Watkins (el “fundador” de esta posición), Mandelbaum, etc.

2 Esto se sostiene en una versión más actual que la referida en la nota anterior, e influida por las tendencias hoy en curso, por C. Yturbe: “Individualismo metodológico y holismo”, en Cruz, M.: *Individuo, modernidad, historia*, Barcelona, Tecnos, 1993.

aquello que en tiempos neoliberales aparece como decisivo: la elección individual. Creemos que estamos ante una forma de explicación que -a su manera- en términos lukacsianos “reifica” la situación social hoy imperante: dominio ideológico del individualismo y ruptura objetiva del tejido social, segmentación de los significados, y consecuentemente, imposición de la apariencia según la cual se semeja que cada uno estaría solo ante el acto de consumo (aquel que “por excelencia” tipifica la época: aunque en nuestros países deba distinguirse el peso de su promesa, de la posibilidad de su efectivo cumplimiento -al menos para un mayoritario sector social-).

Lo antedicho no significa proferir una especie de condena sobre esta posición, sino más bien señalarla como insuficiente por sí sola para pretender “reemplazar” al causalismo objetivista en ciencias sociales. Su aporte debe pensarse más bien en términos de *complementación* (obviamente conflictiva) con aquel, y no como liquidación del pasado y teorización autosuficiente, como aparece por momentos para Elster: este autor no se muestra muy matizado cuando afirma que “en la galería de los horrores del pensamiento científico hay espacio, ay! no sólo para un Worms o un Lilienfeld, sino también para un Durkheim o un Merton”³. Es difícil creer que una valoración tan unilateral pueda resultar compartible, ya que la polémica noción elsteriana de que lo social sería fruto exclusivamente de decisiones racionales tomadas por actores individuales, no autoriza a olvidar que la historia del pensamiento social deja muy claro que los enfoques más cercanos al individualismo (caso del comprensivismo hermenéutico de Dilthey) carecían hacia fines del siglo pasado, de cualquier capacidad propia para convencer de que lo suyo mereciera el mote de ciencia. Fue justamente el “rechazado” Durkheim quien oficializó en ese lugar a las ciencias sociales, a partir de su versión de la Sociología⁴.

En todo caso, esa enfática declaración de guerra por J. Elster, no se condice con su cuidado en mostrar las limitaciones de la decisión racional, y señalar en cuántos casos ésta se encuentra ante situaciones ambiguas o indecidibles. Es ese precisamente uno de los temas centrales de uno de sus libros⁵, donde muestra con un rigor analítico destacable muchos ejemplos al respecto.

No vamos a desarrollar en detalle la posición del autor nórdico, que hoy encuentra creciente éxito en universidades latinoamericanas. Señalaremos algunos puntos clave: tal el caso del alejamiento del hombre en relación a lo biológico. Nuestro autor, a fin de justificar la especificidad metodológica que está reclamando para analizar lo social, propone una clara discontinuidad entre el mundo animal y el de la cultura humana. Ello estaría dado porque la segunda propone la posibilidad de “maximización global” en las acciones, es decir, la capacidad para formular estrategias que pueden alejarse de lo inmediato y producir verdaderos saltos de calidad en la efectividad estratégica de la acción. Esta capacidad para “dar un paso atrás” no sería propia del mundo animal, el cual frente a la maximización inmediata parece incapaz de estrategias de rodeo: si bien el mismo Elster (cuyo detallamiento analítico resulta siempre notable) presenta algunos casos -como es el del depredador y su presa-, muestra cómo estas mediaciones son de muy corto alcance y no pueden modificar estructuralmente el curso completo de la estrategia emprendida. De modo que lo propio del hombre

3 J. Elster, *Ulises y las sirenas*, F.C.E., México, 1989.

4 E. Durkheim en su clásico *Las reglas del método sociológico*, múltiples ediciones.

5 J. Elster, *Domar la suerte*, Paidós/I.C.E., Barcelona, 1991.

es esa capacidad de “atarse” que Elster presenta con precisión en *Ulises y las sirenas*: el tomar decisiones por las cuales uno se compromete a no seguir luego sus gustos o sus propensiones, a fin de respetar y continuar un camino preasumido para lograr consecuentemente alguna meta. Ejemplos como el dejar de fumar, el de adelgazar, etc., sirven para desarrollar detalladamente esta idea, que en el libro se va complejizando de manera gradual.

Es ante esta posibilidad propia de la especie humana, que el autor entiende que otro tipo de explicaciones -tal el caso de las funcionales- aparecen impropias y erróneas. Estas debieran limitarse a los objetos de la biología, es decir, a esos casos en que la maximización no existe. Según esta mirada, la explicación funcional tendería a ser tautológica: se limitaría a explicar simplemente lo que ocurre por lo que ocurre, y ello sería tan propio del funcionalismo como del marxismo⁶.

Es de destacar que la explicación funcional es sostenida por otro científico social también perteneciente al “marxismo analítico”, como es G. Cohen. Si bien ambos autores muestran entre sí cruciales diferencias, se los suele asociar en cuanto ambos han reconducido al marxismo hacia una lectura en términos de su lógica explicativa, obviamente influenciada por la filosofía analítica (advertir al respecto las referencias múltiples de Elster a la obra del filósofo estadounidense D. Davidson).

La noción del comportamiento humano que se hace Elster es la que algunos han denominado “modelo portafolio” del actor:⁷ este dispondría una serie de “deseos y creencias” de acuerdo con los cuales realizaría sus acciones, en coherencia lógica con estos, y en relación a las concretas posibilidades diferenciales que en la realidad se le ofrecen. La acción resulta intencional y racional, en cuanto a la elección de medios adecuados a la combinación más favorable de esos elementos disponibles.

Elster rechaza determinar a priori cuáles son esos deseos y creencias: de manera que evita caer en la falacia de adscribirlas impositivamente “desde fuera”, tal como sí hacen algunos autores que asignan al comportamiento maximizador las modalidades específicas del consumidor burgués, sostenidas en términos exclusivos de rendimiento económico. Por su parte, Elster propone que las creencias pueden ser cualesquiera; y ello condice con el hecho bien sabido de que en ciertas condiciones el comportamiento conducente a la ganancia económica es dejado de lado por relación a creencias de otro tipo (ya sea ideológicas, religiosas, relativas a la amistad o al amor, etc.).

Sin embargo, nuestro autor también previene claramente que en algunos casos los actores pueden no responder al principio de la acción racional. Ello, porque a veces este no puede definirse sino ambiguamente, y en otros lisa y llanamente los actores no respetan el modelo de maximización. Son estos últimos casos los que él denomina de “hiperracionalidad” (creencia en la omnipotencia de la razón, y consecuente falta de adecuación a las posibilidades objetivas), o de “infrarracionalidad” (donde los motivos no concientes se nos imponen, por ejemplo la falta de voluntad para seguir la decisión racional establecida).

Consecuentemente, Elster opina que debe en cierto nivel combinarse factores causales con los intencionales en la explicación social, y reconoce que estos últimos resultan in-

6 J. Elster, *Ulises y las sirenas*, p. 74 y ss.

7 G. Barranco de Busaniche: “Las elecciones en serio”, en O. Nudler et al.: *La racionalidad en debate*, tomo II, Centro editor de A. Latina, Buenos Aires, 1993, p.310.

suficientes sin la intervención de aquellos, por ej., en lo que hace a la constitución de los deseos y creencias⁸.

La teoría del autor nórdico señala situaciones que ocurren realmente, donde los actores deciden estratégicamente lo que más les conviene. Esto es sin duda habitual en nuestros comportamientos, pero a su vez dista de ser universal: también a menudo actuamos impulsivamente, no todas las acciones son fruto de elección sistematizada, de modo que en esos casos se tiende a no coincidir con los modelos ideales de decisión planteados por Elster (incluso porque estos serían a menudo demasiado complejos para el actor, como los de las paradojas en relación a la acción donde hay varios actores involucrados. Allí cabe hacer anticipaciones racionales, como muestra Elster y antes había propuesto Lacan; pero la forma lógica de esta anticipación escapa a los recursos disponibles para la mayoría de los actores)⁹.

Otra cuestión hace a cómo se constituyen los deseos y creencias. Aunque aquí el autor asume que puede invocarse la explicación causal, el punto no está suficientemente subrayado, de modo que en su obra se “empieza” por el sujeto, según la acendrada tradición del pensamiento moderno: a partir de la conciencia, se determinan las elecciones. Contra todo lo actuado por el estructuralismo (al que nuestro autor rechaza frontalmente), se reconstituye una noción casi ingenua de la subjetividad, que aparece ante sí como ya-dada y no puesta en cuestión. Deseos y creencias de hecho se sostienen como *factor explicativo no explicado* del modelo.

Por otra parte, debemos destacar que deseos y creencias no son siempre coincidentes entre sí. Por el contrario, la *Spaltung* psicoanalítica muestra cómo las diversas instancias de la subjetividad están en contradictoria tensión. Muchas veces deseamos contra lo que creemos: esta no-coincidencia es demasiado conocida para no haber sido tematizada. De modo que la decisión puede ser a menudo transicional entre las exigencias mutuamente alternativas, llegándose en esos casos muy lejos de los modelos racionales de elección ideal. Por cierto, esto podría ser pensado en los términos muy bien trabajados por Elster de *falta de voluntad*: pero en realidad ello implicaría un error de interpretación, ya que no se trata exactamente de esto, sino de que hay un margen en las creencias del sujeto donde este puede asumir que es más válido atender a sus deseos que a sus creencias. O sea, que un sujeto individual puede sostener creencias que sean mutuamente inconsistentes. Y ello plantea problemas de “disonancia cognitiva” (Festinger) que el modelo explicativo de Elster no ha atendido suficientemente.

Hay quienes han reclamado a Elster que en su esquema de la explicación social debiera otorgarse tanto lugar para la elección racional como para la que no lo fuera, y que la insistencia en la maximización impide trabajar los casos en que no es este el motivo que opera en las acciones¹⁰. Esta objeción que pide un lugar para aquello que escapa a la racionalidad sistemática, tiene pertinencia por sí misma; y además, guarda cierto emparenta-

8 Ibid., p.315.

9 Esto es trabajado específicamente por Elster en referencia al “dilema del prisionero”, en *Ulises y las sirenas*, op. cit., p. 40 y ss.; el psicoanalista J. Lacan, desde una preocupación teórica totalmente diversa, se refirió al tema de la lógica de la propia decisión en relación con las expectativas de y sobre los demás en “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma”, en sus *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1980

10 G. Barranco de Busaniche, “Las elecciones en serio”, art. cit., p. 318.

miento con la que acabamos de realizar, aunque asumimos que no se le superpone estrictamente (no es equivalente la indecidibilidad entre creencias contradictorias, que el obrar irreflexivo sin atención a las creencias explícitas).

Por otra parte, el referido modelo individualista acerca de las acciones humanas resulta débil para explicar situaciones que se impulsan desde actores colectivos, o desde instituciones suprapersonales. Qué hacer con las decisiones de un sindicato, un grupo empresarial, etc? Son todas ellas reductibles *por completo* a decisiones individuales? Y, aún en el supuesto caso de que lo fueran: puede explicarse los *efectos* que producen también en los mismos términos de su origen, siendo este pensado como individual? El discurso de un obispo obra simplemente como la voz de un sujeto personal? O el del presidente de un partido político? No es acaso su investidura institucional la que le confiere su peculiar valor adscripto? Creemos que la respuesta surge por sí misma, y revela una real insuficiencia del modelo.

Por ello el ataque masivo que Elster realiza contra la explicación funcional debiera ser relativizado, dado que el autor exige en ese caso de sus adversarios requisitos de completud que él no se exige para su propia teoría¹¹. Aquella explicación para la cual “las consecuencias del fenómeno a explicar contribuyen a explicarlo”¹² permite tener en cuenta factores estructurales, y es precisamente la que asume Cohen como propia del marxismo. Sin reducir por nuestra parte a esta versión la dialéctica de Marx (la que es poco posible de retraducción estricta en términos de filosofía analítica, a pesar de los esfuerzos por proponerla dentro del esquema de conjuntos de Sneed)¹³, sin duda que allí se especifica uno de sus más decisivos componentes, abandonado totalmente por Elster. Por ej., los efectos de determinadas movilizaciones sociales sobre las políticas de Estado son de importancia para el marxismo, aún cuando estos no condigan con las previsiones realizadas por muchos de sus actores al realizarlas.

Sin duda que además hay otro aspecto en juego que debemos enfatizar: *aún* en la decisión “plenamente” racional operan factores no-racionales. Recordemos lo que Woolgar ha planteado en su peculiar muestra de las bases sociales de la ciencia: ¹⁴ ese tipo de factores inconcientes no están “entre” el sujeto y el objeto, sino en la conformación del sujeto mismo. No son “factores distorsionantes”, sino mecanismos constitutivos de la subjetividad que decide. No hay un sujeto externo a lo social que tenga a *eso* social como “enfrente”, sino que siempre se está ya/situado. Y por supuesto, los factores inconcientes operan de tal modo, que “el yo” no es una instancia independiente de ellos, sino enclavada en su determinación, según el psicoanálisis ha mostrado¹⁵. La decisión del actor, entonces, no se da en el vacío, sino a partir de constricciones que son establecidas por la biografía del sujeto, las que

11 M. Prati: “Funcionalismo y elección racional en ciencias sociales”, en O. Nudler et al. (comps.), *La racionalidad en debate* tomo II, op.cit., p.330.

12 Ibid., p.323.

13 Ver la formalización lógica de la teoría de Marx propuesta por W. Diederich y H. Fulda: *Estructuras sneedianas en El Capital de Marx*, Cuadernos de Crítica. n° 9, UNAM, México D.F., 1981.

14 S. Woolgar: *Ciencia: abriendo la caja negra*, Anthropos, Barcelona, 1991.

15 Esto es lo que ha enfatizado J. Lacan al plantear al yo como instancia de desconocimiento del sujeto, productora de la ilusoria imagen de completud, a partir de su constitución en el “estadio del espejo”. Hemos desarrollado la cuestión de lo intelectual como sobredeterminada desde lo inconsciente en nuestro libro *Psicoanálisis y sociedad: crítica del dispositivo pedagógico*, Lugar editorial, Buenos Aires, 1997.

de ninguna manera se le hacen patente a este, pues no las tiene -como el primer Heidegger señalaría- puestas “ante los ojos”, y por tanto no se le vuelven perceptibles.

En tiempos de individualismo social, se va imponiendo el individualismo como modalidad de explicación, aún para vehiculizar (es claro en el caso de Elster) valores en contra de la axiología individualista. Tal vez este autor -si atendemos a su ligazón con la filosofía analítica, y a los instrumentos que son propios de esta- no pueda advertir la relación dialéctica que marxianamente se puede establecer entre ambas situaciones: el clima ideológico neoliberal imperante, no es indiferente a la pérdida de consenso de las explicaciones estructurales. Pero sin duda que también hemos aprendido con Elster y su método a distinguir matices, y valorar el espacio de decisiones individuales antes ignoradas por completo en la explicación. Gracias a ello, ahora se impone cuidarse sobre realizar atribución de intenciones a sujetos supraindividuales, tal como se ha practicado por un procedimiento muy difundido y equívoco (p.ej., sostener que “la burguesía quiere mantenerse en el poder”, o que “la Iglesia se opone”). Ha resultado saludable el péndulo virado momentáneamente hacia poner un límite a pretensiones explicativas que para nada tenían en cuenta la mediación que implica la acción subjetivamente orientada, esa que efectivamente opera aún en los casos de quienes son representantes institucionales, o referentes de sujetos colectivos.

Pero a su vez sería difícil sostener que con este tipo de posiciones hemos *enterrado* la explicación causal, aquella que apela a factores diferentes de los motivos que el sujeto mismo pudiera alegar o racionalizar. Si así fuera, estaríamos renunciando por completo al legado del marxismo (al que Elster pretende remitirse), y consecuentemente reasumiendo la idea de un sujeto autofundado que es propia de un superado idealismo; se estaría proponiendo otra vez a la conciencia como espacio constituyente/no-constituido desde el cual se “funda” la intención individual. Sin duda, ello evidencia -según ya lo habíamos afirmado- que la teoría de Marx no puede ser vaciada en los moldes estrechos del logicismo (aún cuando se trate del recurso al “lenguaje ordinario” propio de la filosofía analítica: este implica constitutivamente una noción tradicional acerca de la subjetividad, que se contrapone a la idea del sujeto como síntesis de relaciones ya presente desde las *Tesis sobre Feuerbach*).

Y sin embargo, se puede aprender de Elster, en cuanto propone a la decisión estratégica como fundamental, y privilegia el momento subjetivo de la lucha de clases, por sobre el relativo a la ruptura entre fuerzas productivas y relaciones de producción, o a cualquier otra modalidad de determinismo objetivista. No pensamos que necesariamente haya que concordar con él en este punto: pero sí que a partir de allí se abren interrogantes muy ricos sobre las modalidades de decisión estratégica que cabe proponer. Claro que habrá que superar el “momento epistemológico” elsteriano, para adentrarse de lleno en el campo de la reflexión política. Ya allí, la decisión de los actores se hace sin duda fundamental, en nuestro tiempo de intemperie en cuanto a opciones alternativas: cuando la objetividad del proceso de globalización aplasta cotidianamente las posibilidades de abrir rumbos que necesariamente se requiere sean inéditos.